LIBRO dot.com

LA NUBE DE LLUVIA

**

HANS THEODOR STORM

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

No era posible recordar un verano tan caluroso desde hacía un siglo. En los campos, que se extendían casi sin vegetación, estaban esparcidos los animales mansos y los salvajes, exhaustos bajo el calor abrasador.

Una mañana de ese tórrido verano las calles del pueblo estaban desiertas: todo aquel que podía, buscaba refugio en su casa o en cualquier otro lado. Ni a los perros se les veía andar bajo el sol. El robusto granjero propietario de las praderas más bajas de la región estaba a la entrada de su magnífica casona; fumaba, con el sudor cubriéndole el rostro, de una gran pipa de madera de rosa. Satisfecho, miraba sonriente hacia una enorme carreta cargada de heno, que en esos momentos conducían a la era.

Años atrás había adquirido una considerable extensión de suelo pantanoso a un precio ínfimo. En los últimos años, cuando tras accidentados esfuerzos las cosechas de los vecinos se daban muy diezmadas, él veía, en cambio, cómo su henil se llenaba con la calidez y el aroma de la siega, mientras en su arca atesoraba genuinos táleros del rey.

De pie, esa mañana hacía cuentas de lo que podría ganar con los precios, siempre ascendentes, de su abundante cosecha.

—Nadie obtiene nada —murmuró, haciéndose sombra con la mano y mirando, en dirección de los caseríos vecinos, hacia la reverberante lejanía—. Ya no llueve más en el mundo.

Acto seguido se encaminó a su carreta, que en ese momento era descargada, arrancó un manojo de heno, lo llevó hacia su ancha nariz y sonrió tan pícaramente como si pudiera sacar unos táleros más al olfatear el penetrante aroma.

Entró en seguida al solar una mujer de unos cincuenta años. La palidez de su cara revelaba sufrimiento. Con el negro mantón de seda rodeándole el cuello, destacaba aún más la melancólica expresión de su rostro.

—Buenos días, vecino —dijo, extendiéndole la mano al granjero para saludarlo—. ¡Qué horno es éste, los cabellos le queman a uno la cabeza!

— ¡Que arda, madre Stine, que arda! —replicó él—. ¡Mirad tan sólo la carreta rebosante de heno! ¡A mi no me ha de ir tan mal!

— ¡Sí, sí, hombre! Vos ya podéis reiros, pero ¿qué será de los demás si todo continúa de esta manera?

El granjero oprimió con el pulgar el tabaco de su pipa, la encendió y se puso a arrojar inmensas volutas de humo.

— ¿Veis? —dijo él—. Este es el resultado de ser precavido. Siempre se lo dije a vuestro difunto esposo; él lo sabía muy bien. ¿Por qué tendría que haber cambiado sus tierras bajas? Ahora tenéis las tierras altas dond e los sembradíos se secan y el ganado se consume.

La mujer suspiró.

El robusto hombre se puso de pronto condescendiente.

—Pero, madre Stine —le dijo a la mujer—, ya me doy cuenta de que no habéis venido aquí solamente por venir. Contadme, ¿qué os aflige?

La viuda clavó la mirada en el suelo.

—Sabéis bien —le dijo ella— que los cincuenta táleros que me habéis prestado debo

devolvéroslos para el día de San Juan, y ese día ya está cerca.

El campesino posó la mano sobre el hombro de la mujer.

— ¡No os preocupéis por ahora, mujer! No necesito el dinero, no soy un hombre que viva al día. A cambio, vos podéis darme vuestros terrenos como prenda; ciertamente no son de los mejores, pero por esta ocasión me serán razonablemente buenos. El sábado podemos ir ante el juez.

La afligida mujer volvió a suspirar.

—Pero eso causará nuevos gastos —le dijo—. Aunque, de todos modos, os doy las gracias.

El granjero no había dejado de mirarla con sus cautelosos y pequeños ojos, luego de lo cual pasó a decir:

—Ya que estamos aquí, quiero deciros también que Andrés, vuestro hijo, ¡pretende a mi hija!

— ¡Ay, Dios, vecino, pero si los niños han crecido juntos!

—Eso es posible, mujer, pero si el muchacho piensa que puede cortejar a mi hija guiado por el interés de la finca, ¡entonces ha hecho sus cuentas sin mí!

La débil mujer se irguió un tanto y lo miró con la rabia asomando a los ojos.

— ¿Qué tenéis que criticar a mi Andrés? —dijo ella.

— ¿A vuestro Andrés, señora Stine?... ¡Pues nada, por cierto! Pero... —y pasó la mano por encima de la botonadura de plata de su roja chaqueta— se trata de mi hija, y la hija del dueño de las praderas puede aspirar a algo mejor.

— ¡No séais tan obstinado, vecino! —le dijo con voz suave la mujer—. Antes de que llegaran los años calurosos...

—Pero han llegado, y aún campean en estas tierras. Es más, en el presente año no hay perspectivas de que reunáis una sola cosecha en el granero. De manera que vuestra granja va año con año de mal en peor.

La mujer se detuvo en una profunda reflexión, parecía haber escuchado apenas las últimas palabras.

—Sí —dijo ella—, vos podéis por desgracia tener razón. La Nube lluviosa debe haberse dormido, ¡pero... puede despertar!

— ¿La Nube lluviosa? —repitió el granjero, con brusquedad—. ¿También vos creéis en esa monserga?

— ¡Ninguna monserga, vecino! —replicó ella, misteriosamente—. Mi antepasada, cuando era joven, una vez la despertó. Conocía las palabras necesarias para lograrlo, mismas que me dio a conocer en varias ocasiones. Pero desde que ella murió, que fue hace ya mucho, las he olvidado.

El hombre, gordo como era, se rió tanto que los botones plateados le brillaron sobre la barriga.

—Entonces, madre Stine, sentáos y reflexionad sobre esas palabras tan poderosas. ¡Yo confío en mi barómetro, y éste indica, desde hace ocho semanas, buen tiempo!

— ¡El barómetro es una cosa muerta, vecino: no puede producir el clima!

—Y vuestra Nube lluviosa ¡es un fantasma, una quimera, una nada!

—Muy bien, señor —dijo la mujer, tímidamente— ¡Vos sois uno de los nuevos creyentes!

Pero el hombre iba perdiendo cada vez más la paciencia.

— ¡Nuevo o viejo creyente! —exclamó—. ¡Id y buscad a vuestra mujer de la lluvia y repetid vuestras palabras, si es que aún podéis hacer llover, entonces...! —se contuvo y echó unas bocanadas de humo por delante.

— ¿Entonces qué, vecino? —preguntó la mujer.

—Entonces... Entonces... ¡Al diablo! Sí... Entonces... vuestro Andrés puede cortejar a mi María.

En ese momento se abrió la puerta de la estancia y una hermosa y esbelta muchacha de ojos oscuros salió del portal, encaminándose hacia ellos.

— ¡Dame la mano, padre! ¡Trato hecho! —dijo.

Y dirigiéndose a un hombre de avanzada edad, que en ese momento iba llegando, añadió:

— ¡Vos lo habéis escuchado, primo Schulze!

—Está bien, está bien, María —dijo el granjero—, no necesitas buscar testigos ante tu padre. De mi palabra ni un ratón ha mordido siquiera una letra.

Entre tanto, Schulze se apoyó en su largo bastón y miró a lo lejos, durante largo rato, en el libre día; con su penetrante mirada vio entonces flotar, en la profundidad del cielo ardiente, un puntito blanco; o sólo lo deseaba, y por tanto creía haberlo visto. De cualquier manera, sonrió embozadamente y dijo:

— ¡Que os aproveche, primo! Como quiera que sea, Andrés es un muchacho trabajador.

Poco después, mientras el granjero y Schulze, sentados en la estancia, ajustaban algunas cuentas, María entró en la casita de la señora Stine, al otro lado de la calle.

— ¡Pero, niña! —dijo la viuda, tomando la rueca de un rincón—. ¿Sabes las palabras que pueden despertar a la Mujer de la lluvia?

— ¿Yo? —preguntó la muchacha, levantando hacia atrás la cabeza, admirada.

—Pues eso mismo supuse, ya que parecías tan resuelta ante tu padre.

—No, madre Stine, sólo lo sentí de esa manera. Aunque viéndolo bien, pienso que vos podríais recordarlas. Poned un poco de orden en vuestros pensamientos. ¡Deben estar ocultas en algún lado!

La señora Stine sólo asintió con un movimiento de cabeza.

—Mi antepasada murió hace muchos años. Pero una cosa sí recuerdo bien: cuando padecíamos una gran sequía, como ahora precisamente, y se malograban nuestras siembras y nuestro ganado se moría, ella solía decir en completo secreto: "Esto nos hace, jugando con nosotros, el Hombre de fuego. Pues una vez desperté a la Mujer de la lluvia

— ¿El Hombre de fuego? —preguntó la muchacha. — ¿Quién es?

Pero antes de que pudiera recibir una respuesta de la señora Stine, ya la muchacha había corrido hacia la ventana, exclamando:

— ¡Por Dios, madre, allí viene Andrés! ¡Qué alterado parece!

La viuda se levantó de su rueca.

—Claro, mi niña —dijo la señora, consternada, — ¡mira nada más lo que carga en su espalda! Murió de sed otra de nuestras ovejas.

Poco después entró el joven y colocó el animal muerto a la vista de las mujeres.

— ¡Mirad! —dijo, con gesto ceñudo, al limpiarse el sudor de la frente.

Las mujeres miraron más la expresión de su rostro que a la criatura muerta.

— ¡No te lo tomes tan a pecho! —dijo María—. ¡Vamos a despertar a la Mujer de la lluvia y todo irá bien!

— ¡La Mujer de la lluvia! —repitió él, sordamente—. Sí María, ¿y quién la despertará? Pero esto no fue lo único que ocurrió. Todavía antes de volver me pasó otra cosa.

La madre tomó su mano en un gesto amoroso.

—Entonces cuenta lo que te pasó, hijo mío, cuéntalo —lo amonestó ella—. Para que ya no te perturbe más.

—Pues escuchad —dijo él—: Quería ver a las ovejas. Quería saber si la poca agua que anoche les llevé no se había evaporado. Pero al llegar al pastizal advertí de inmediato que las cosas no estaban donde yo las había puesto, ni podían verse las ovejas; bajé en su busca por una pendiente, hasta llegar a la enorme colina. Apenas llegué al otro extremo, las vi a todas tumbadas, sin aliento, resollando con los cuellos ceñidos a la tierra. Esta pobre criatura ya había estirado la pata. A su lado, la tinaja estaba derribada y totalmente seca. Los animales no podían haberlo hecho. ¡Debe haber una mano enemiga en todo esto!

— ¡Calma, niño, calma! —lo interrumpió la madre—. ¿Quién querría perjudicar a una pobre viuda?

—Escuchad, madre. La cosa no acaba ahí. Subí a la colina hasta donde me fue posible ver el llano en todas direcciones. Pero no pude ver a nadie, la sofocante canícula, como todos los días, sumía en silencio los campos. Sólo a mi lado, encima de una gran roca, por donde la caverna de los enanos penetra la colina, una robusta salamandra asoleaba su horrible cuerpo. Cuando aún estaba entre furioso y desconsolado, oí de pronto detrás de mí, a lo lejos, una especie de murmullo, como si alguien hablara consigo mismo apasionadamente. Cuando me volví, pude observar a un ser deforme y rugoso, un hombre que vestía una especie de mantón rojo con una caperuza del mismo color. Descendía a paso lento entre los brezales. Me asusté al pensar ¡de dónde habrá salido tan repentinamente! Tenía un aspecto tan temible como sospechoso. Las enormes manos, de un rojo parduzco, estaban cruzadas a la espalda mientras los retorcidos dedos jugueteaban en el aire como patas de araña. Me coloqué tras un matorral espinoso. A la sombra de unas rocas, y sin que él se percatara de mi presencia, pude verlo desde mi escondite. El monstruo se mantuvo inquieto, se agachaba y arrancaba de la tierra manojos de hierba seca; me dije entonces cómo era posible que no se fuera de bruces, rodando con su cabeza de calabaza; pero se levantaba de nuevo, manteniéndose erguido sobre las piernas flacuchas, frotando la seca hierba en sus inmensos puños, hasta hacerla polvo; empezó a reír tan terriblemente que, al otro extremo de la colina, las ovejas, medio muertas, se precipitaron en salvaje y veloz huida a lo largo del declive. El hombracho ése expulsó, con todo su cuerpo, una risa cortante y empezó a saltar sobre una y otra pierna, de manera que creí que las finas canillas acabarían por quebrarse bajo el granuloso cuerpo. Su aspecto resultaba terrible, pues a todo esto, sus pequeños y negros

ojos fulguraban intensamente.

En silencio, la viuda tomó la mano de la muchacha.

— ¿Sabes ahora quién es el Hombre de fuego? —dijo; en tanto, María asintió.

—Pero lo más espantoso —continuó Andrés— era su voz. "Si supieran, si supieran —gritaba—, los brutos, los patanes". Y después cantó, con su ronca y chillona voz, un extraño verso que repetía siempre, como si nunca pudiera quedar satisfecho. ¡Esperad, ahora lo recuerdo!

Luego de un momento, continuó:

¡El vapor es el humo,
El polvo la fuente!...

La madre soltó de pronto la rueca, con la que no había dejado de hilar infatigablemente durante el relato de su hijo, y lo miró con atención. Sin embargo, él guardó otra vez silencio y pareció querer recordar.

— ¡Continúa! —le pidió ella en voz baja.

—No lo recuerdo, madre. Se me ha borrado de la cabeza por más que lo repetí cien veces al regreso.

Pero al continuar la señora Stine, con voz insegura:

¡Mudos son los bosques,
El Hombre de fuego baila por los campos!,

entonces Andrés añadió rápidamente:

¡No dejes pasar más tiempo,
Eh, tú, despierta!
¡La Madre te trae a tu casa
Cruzando la Noche!

— ¡Ésas son las palabras olvidadas que ayudan a despertar a la Mujer de la lluvia! —exclamó la señora Stine—. Y ahora, ¡de nuevo otra vez! ¡María, pon atención y no las olvides nunca más!

Madre e hijo repitieron acompasadamente:

¡El vapor es el humo,
El polvo, la fuente!
¡Mudos son los bosques,
El Hombre de fuego baila por los campos!
¡No dejes pasar más tiempo,
Eh, tú, despierta!
¡La Madre te trae a tu casa
Cruzando la Noche!

— ¡Y ahora, toda miseria llega a su fin! —exclamó María—. ¡Vamos a despertar a la Nube de lluvia, mañana los campos estarán otra vez verdes y pasado mañana habrá boda!

Y con ligeras palabras y fulgurantes ojos, contó a Andrés qué clase de promesa había obtenido de su padre.

— ¡Pero, niña! —dijo la viuda—. ¿Es que acaso conoces el camino que lleva a la Nube de

lluvia?

—No, madre Stine. ¿Vos no sabéis tampoco el camino?

—María, tú sabes que fue mi antepasada quien la visitó, y del camino nunca me contó nada.

—Andrés —dijo María tomando del brazo al joven, que en ese momento, con hosca expresión, clavaba la mirada en algún punto—, entonces tú di algo. Siempre tienes algún consejo.

—Es posible que pronto pueda obtener alguno —replicó él, circunspecto—. Tengo que darle agua a las ovejas este mediodía. ¡Tal vez pueda escuchar al Hombre de fuego ocultándome tras un matorral! Si ha revelado las palabras, ha de revelar también el camino. Su ancha cabeza parece estar repleta de todas esas cosas.

Y quedaron en todo de común acuerdo. A pesar de discutir tanto en favor como en contra, no llegaron a mejor decisión. Poco después, Andrés se encontraba con su carga de agua en lo alto del pastizal. Vio desde lejos al duende cuando éste se aproximaba a la colina. Sentado encima de una roca, a unos pasos de la cueva de los enanos, se peinaba la roja barba con los dedos abiertos; cada vez que sacaba la mano, se desprendían mechones de fuego que flotaban a todo lo largo del campo, bajo la intensa luz del sol.

Andrés pensó: "Has llegado demasiado tarde. No vas a saber nada por hoy". Y quiso darse la vuelta, como si nada hubiera visto, hacia donde estaba la tinaja derribada. Pero escuchó que lo llamaron.

— ¡Yo pensaba que tenías que hablar conmigo! —oyó decir, a sus espaldas, a la penetrante voz.

Andrés se dio vuelta, retrocediendo unos cuantos pasos.

— ¿Qué tendría que hablar con vos —replicó él—, si no os conozco?

— ¿Es que acaso no quieres saber cuál es el camino que conduce a la señora Nube?

— ¿Quién os ha dicho tal cosa?

—Mi pequeño dedo, pues él es más sabio que cualquier gran tipo.

Andrés hizo acopio de valor y se acercó al monstruo unos cuantos pasos.

—Puede ser que vuestro meñique sea todo un sabio —le dijo—, pero el camino que lleva a la Mujer de la lluvia no lo ha de conocer, puesto que ni los más sabios saben cuál es.

El duende se hinchó como un sapo y pasó las garras por su barba de fuego, de manera que Andrés se tambaleó unos cuantos pasos hacia atrás a causa del calor que se desprendía. Pero de pronto clavó sus pequeños y malignos ojos en el joven y, con expresión de altivo desprecio, le dijo como en un graznido:

—Eres demasiado simple, Andrés. Aunque te dijera que la Nube de lluvia habita detrás del gran bosque, no sabrías que detrás de él hay un sauce seco.

"Aquí se trata de jugar al tonto", pensó Andrés. A decir verdad, pese a que Andrés era un muchacho honesto, también por naturaleza era astuto.

—Tenéis razón —dijo con la boca exageradamente abierta—, ¡pues tal cosa en verdad no la sabría!

—Y aunque te dijera —continuó el Hombre de fuego— que detrás del bosque hay un sauce

seco, no sabrías sin embargo que dentro del árbol hay una escalera que conduce al jardín de la señora Nube.

— ¡Cómo puede uno equivocarse! —exclamó Andrés—. Yo pensaba que únicamente podía uno pasearse hacia el interior.

—Y aunque sólo pudieras pasearte hacia el interior, tampoco sabrías que la señora Nube sólo puede ser despertada por una virgen auténtica.

—Pues así es —opinó Andrés—, no hay remedio. No cabe duda de que será mejor que me regrese a casa.

Una sonrisa maliciosa deformó la ancha boca del duende.

— ¿No quieres primero poner tu agua dentro de la tinaja? —preguntó éste—. Tu hermoso ganado está prácticamente consumido.

— ¡Tenéis razón por cuarta vez —respondió el muchacho, y caminó con sus baldes de agua, rodeando la colina. Pero al arrojar el agua dentro de la ardiente tinaja, aquélla borbotó y se disipó en el aire por completo. "Esto está bien —pensó él—, me llevaré conmigo las ovejas a casa y, a primera hora, acompañaré a María para ir con la Nube de lluvia. ¡Ella la despertará!"

Al otro lado de la colina, el duende se levantó de la roca. Arrojó al aire su gorro y se revolcó pendiente abajo dando estentóreas carcajadas. Luego se irguió sobre sus canillas y bailó y gritó como enloquecido una y otra vez:

—Tontuelo, zopenco, ¿y creíais poder engañarme? Pero ni siquiera sabéis que la Nube de lluvia se despierta sólo con ciertas palabras. Y esas palabras no las conoce nadie más que Ekenekepen, ¡y Ekenekepen soy yo!

El duende malo no sabía que él mismo había revelado antes esas palabras.

Los primeros rayos del sol matutino caían sobre los girasoles del jardín, frente a su ventana, cuando María la abrió y asomó la cabeza al aire fresco. Su padre, que dormía al lado de la habitación de la sala, tenía que haberse despertado al instante pues su ronquido, que hasta esos momentos había penetrado todas las paredes de la habitación donde dormía, había cesado inmediatamente.

—¿Qué haces, María? —la llamó su padre con voz somnolienta—. ¿Quieres algo?

La joven se llevó las manos a la boca, un tanto sorprendida, pues sabía que su padre no la dejaría salir de casa si sospechaba el plan. No obstante, se recobró rápidamente:

—No he podido dormir, padre —contestó la muchacha—, quiero ir con la gente a los prados. Hace una hermosa y fresca mañana.

—No tienes ninguna necesidad, María —contestó su padre—, mi hija no es ninguna sirvienta.

Pero luego añadió:

—¡Bueno, pues, ve si te place! Pero vuelve a buena hora, antes del calor. ¡Y no te olvides de mi cerveza caliente!

Al decir esto se dio vuelta, de manera que la cama crujió y pronto escuchó otros ruidos conocidos en el cuarto de las muchachas. "Es sumamente indignante tener que mentir de esta manera —se dijo—, pero... —y, al decir esto, expulsó un fuerte suspiro—, ¿qué no hace una por

su amor?" A lo lejos, Andrés aguardaba su llegada. Vestía su traje de domingo.

—¿Recuerdas bien las palabras? —le voceó desde lejos, antes de que la muchacha llegara a su lado.

—Sí, Andrés, ¿y tú, recuerdas el camino?

A su pregunta, él tan sólo asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Entonces vamos!

En ese momento salió de su casa la señora Stine. Le dio a su hijo un pomo diminuto que contenía hidromel.

—Perteneció a mi antepasada —le dijo—. ¡Siempre hizo mucho misterio alrededor de este valioso pomito! ¡Os hará bien cuando sientan el calor!

Caminaron luego a lo largo del silencioso camino del pueblo, bajo el resplandor matinal, y la viuda se quedó largo rato mirando hacia donde las vigorosas y jóvenes figuras iban alejándose, hasta perderse.

El camino que siguieron los condujo a través de la campiña, más allá de los límites del pueblo. Más tarde llegaron a un gran bosque. Casi por todas partes las hojas caídas de los árboles cubrían el suelo, en tanto que el sol filtraba sus rayos desde muchos puntos y, con frecuencia, tenían que caminar cegados por las cambiantes luces.

Cuando hubieron caminado mucho tiempo, hasta llegar al pie de los altos encinos y las hayas, la muchacha tomó al joven de la mano.

—¿Qué te ocurre, María?

—Acabo de escuchar nuestro reloj, Andrés.

—Sí, yo también lo escuché.

—Ya han dado las seis —dijo ella—. ¿Quién le calentará a mi padre su cerveza? Las muchachas estarán todas en el campo.

—No lo sé, María, ¡pero eso no nos ayuda ahora!

—Es cierto —dijo—, esto no nos ayuda. Pero dime, ¿recuerdas las primeras palabras?

—¡Claro que sí, María!

¡El vapor es el humo,
El polvo, la fuente!

Y como mostrara cierta vacilación al decir esas palabras, ella añadió al instante:

¡Mudos son los bosques,
El Hombre de fuego baila por los campos!

—¡Oh! —exclamó luego—. ¡Cómo quema el sol!

—Sí —dijo Andrés, frotándose la mejilla—. También a mí me ha calado bien y bonito.

Caminaron sin descansar una gran distancia hasta que, por último, salieron del bosque; a pocos pasos se erguía el viejo sauce. El majestuoso tronco era completamente hueco y la oscuridad que imperaba dentro sólo parecía conducir — tan profundo se sentía— hacia lo más hondo de la tierra. Andrés descendió primero solo, mientras María apoyaba su hombro sobre la dura corteza

del árbol e intentaba seguir a Andrés con la mirada. Pronto no pudo verlo más, oyó tan sólo el eco de sus pasos al descender. El miedo comenzó a dominarle; en torno suyo, allá arriba, sentía la más absoluta soledad, acentuada por el total silencio bajo tierra. Metió la cabeza en el hueco y llamó:

—¡Andrés! ¡Andrés!

Todo permaneció en silencio. Llamó una vez más:

—¡Andrés!

Luego de un rato le pareció escuchar unos pasos que se acercaban y poco a poco fue reconociendo la voz del joven, que la llamaba. Al llegar ante ella, tomó sus manos entre las suyas.

—Se llega abajo por una escalera a una profundidad que no pude apreciar —le dijo— . Pero no temas, te guiaré con paso seguro.

De inmediato, cargó sobre su hombro a la esbelta muchacha, que rodeó fuertemente con los brazos su cuello; él descendió cuidando su preciosa carga. Una densa oscuridad los envolvió pero María suspiraba aliviada al sentirse conducida, paso a paso, sobre esa especie de escalera en espiral. Luego se sintió irradiar un aire fresco desde el interior de la tierra. No llegaba ningún ruido del exterior. Sólo una vez escucharon sordamente, a lo lejos, el enérgico correr de las aguas subterráneas, que en vano se esforzaban en su camino hacia la luz.

—¿Qué fue eso? —susurró la muchacha.

—No lo sé, María.

—¿Es que esto no tiene fin?

—Pareciera que no.

—¡Ojalá y el duende no te haya engañado!

—No lo creo, María.

Así fueron descendiendo hasta que, finalmente, sintieron allá abajo el resplandor del sol, cada vez más luminoso, en tanto que llegaba hasta ellos un calor asfixiante.

Al bajar el último escalón vieron un paisaje del todo desconocido. Extrañada, María paseó sus ojos en torno suyo.

—¡Y sin embargo el sol parece ser el mismo!

—Al menos da el mismo calor —dijo Andrés, mientras hacia descender a la muchacha.

Una hilera de viejos sauces se extendía a lo lejos desde donde ellos se encontraban, en lo que era una especie de avenida. Sin pensarlo apenas, caminaron bajo las hileras de árboles como si éstos les fueran mostrando el camino. Al mirar a distintos lados, distinguieron una vasta tierra hundida, sembrada de toda clase de grietas y hendiduras, como una red infinita formada por el cauce de lagos y ríos. Esto parecía confirmarlo un asfixiante vapor que saturaba el aire, parecido al que se eleva desde un seco cañaveral. Penetraba las sombras de los apartados árboles tal fuego, que a ambos les pareció que, a cierta altura del polvoriento camino, volaban algunas llamas blancas. Andrés no pudo dejar de pensar en los mechones de la llameante barba del Hombre de fuego. Una vez incluso le pareció ver sus negras orejas bajo la penetrante luz del sol; más tarde creyó escuchar claramente, apenas a un costado suyo, el desvariante revuelo de sus canillas. De

Librodot

pronto, escuchaba algún ruido. Pero, al darse vuelta, nada veía. Sólo el aire ardiente reverberaba, deslumbrante, ante sus ojos. "Sí —pensó, tomando la mano de la muchacha mientras avanzaban, ya con cierto cansancio— , nos lo haces amargo y difícil, ¡pero no te saldrás con la tuya, duende!" Ambos continuaron su camino escuchando a cada paso la respiración cada vez más dificultosa del otro. No parecía terminar nunca la recta avenida, flanqueada a todo lo largo por sauces grises y a medio deshojar; bajo sus pies, el declive estaba cubierto de una misteriosa neblina.

—De pronto María tuvo que apoyarse, cerrando los ojos, al pie de un sauce.

—No puedo más —murmuró—. El aire es como el mismo fuego.

Entonces Andrés se acordó del pomito de hidromel, que hasta ese momento había guardado. Al abrirlo, un perfume se expandió como si miles de plantas —de cuyas corolas habría sido chupada la miel por las abejas para producirlo hace tal vez más de cien años— hubieran florecido. Apenas los labios de la muchacha rozaron uno de sus bordes, cuando ella exclamó con ojos muy abiertos:

—¡Oh! ¿Qué parque tan hermoso es éste donde estamos?

—¡No es ningún parque, María! Pero bebe, esto te fortalecerá.

Cuando bebió, se puso de pie y miró con ojos penetrantes en torno suyo.

—Bebe tú también, Andrés —le dijo—. ¡Pobre mujer, ha de ser una miserable criatura!

—¡Este es un auténtico elixir! —exclamó Andrés, después de haber probado también—. ¡Sabrá el cielo con qué haya sido preparado!

Fortalecidos, continuaron su camino en alegre charla. No obstante, luego de un rato, la muchacha se detuvo una vez mas.

—¿Qué te ocurre, María? —preguntó Andrés.

—¡Oh, nada! Sólo pensaba.

—¿Y qué pensabas, María?

—¡Pues mira, Andrés! Mi padre tiene la mitad de su heno en la pradera, ¡y yo me escapo con el propósito de hacer llover!

—Tu padre es un hombre rico, María. Nosotros tenemos en el henil, desde hace mucho tiempo, una parte de nuestra cosecha. Pero nuestra cosecha completa cuelga todavía de los enjutos tallos.

—¡Sí, sí, Andrés, tienes razón! ¡Debemos también pensar en los demás!

En silencio, consigo misma, añadió un momento después: "¡Ay, María, María, no salgas ahora con tonterías! ¡Se trata únicamente de tu tesoro!" Así hubieron de continuar durante un rato, hasta que de pronto la muchacha exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? ¡Es un hermoso jardín!

Habían llegado sin saber en realidad cómo, desde la recta avenida de sauces, hasta un amplio parque. Del requemado y extenso césped se elevaban por todos lados majestuosas arboledas. En efecto, su follaje en parte había caído o colgaba, lánguido y marchito, de las ramas, pero la audaz arquitectura de éstas se elevaba, en tanto las opulentas raíces de los troncos brotaban en caprichosas ramificaciones del tierno suelo. Flores en abundancia como no habían visto jamás lo cubrían todo. Sin embargo, marchitas y sin perfume, parecían haber sido dañadas por el mortal

enrarecimiento del aire en el transcurso de su floreciente plenitud.

—¡Estamos en el lugar justo, según creo! —dijo Andrés. María asintió:

—Entonces, tienes ahora que quedarte aquí hasta mi regreso.

—¡Por supuesto! —replicó él, estirándose a la sombra de un gran encino—. De aquí en adelante te haces cargo. ¡Recuerda bien las palabras y no te equivoques!

Así pues, caminó sola por el amplio césped, bajo esos árboles que parecían llegar hasta el cielo, y al poco rato el joven, que hubo de quedarse rezagado, no la vio más. Ella caminó sin parar por solitarios parajes. Pronto dieron fin las arboledas y el terreno comenzó a descender. Reconoció claramente que caminaba sobre el lecho de unas aguas. Arena blanca y guijarros cubrían el suelo; había allí, esparcidos, cuerpos de peces cuyas escamas plateadas resplandecían a la luz del sol. Vio una grisácea y extraña ave en medio del lecho. Le pareció semejante a una garza, pero era de tal estatura que su cabeza, de ser levantada, sobrepasaría la de una persona. El pájaro mantuvo su largo cuello entre las alas y pareció dormir. María sintió miedo. Aparte de la inmóvil y misteriosa ave, no se apreciaba ningún ser vivo, ni siquiera el zumbido de una mosca interrumpía el silencio que la rodeaba. Éste parecía gravitar en aquel sitio como un espanto. Por un momento, el miedo la impulsó a llamar a su amado Andrés, pero no se atrevió a hacerlo: el sonido de su voz le parecía en ese desierto más horripilante que todo lo demás.

De suerte que mantuvo la mirada en el horizonte, donde parecían elevarse otras densas arboledas, y sin mirar siquiera de soslayo prosiguió su camino. No se movió la enorme ave cuando, sin ruido, se deslizó a unos cuantos pasos de ella. Por un instante, algo resplandeció bajo la blanca piel del párpado. Suspiró aliviada. Luego de dar unos cuantos pasos, el lecho del lago se estrechó hasta convertirse en un cauce de medianas dimensiones, que corría bajo un holgado grupo de tilos. El ramaje de estos inmensos árboles era tan denso que, a pesar de ser pocas las ramas, ningún rayo de sol lo penetraba. María continuó caminando por el canal. Bajo la alta y tupida bóveda de árboles se sintió impresionada por la imprevista frescura que la envolvía. Casi le parecía como si caminara hacia el altar de una iglesia. De pronto, sus ojos fueron heridos por una refulgente luz; los árboles habían quedado atrás y, delante de ella, se elevaban unas pardas rocas sobre las que ardía el sol más deslumbrante.

María se hallaba en un foso de arena en el que normalmente debía haber caído, entre las peñas, una cascada que remataba su cauce en el lago, ahora totalmente seco. Buscó con la mirada un camino entre las rocas. Algo la asustó de improviso. Aquello que estaba en mitad del barranco no podía pertenecer al macizo de rocas. Aunque igualmente gris e inmóvil como el precipicio, reconoció a primera vista que se trataba de un vestido que cubría bajo sus pliegues a una figura que dormía. Se acercó conteniendo apenas la respiración. Entonces le fue posible ver con claridad. Era una hermosa y sólida figura femenina. La cabeza pendía recayendo sobre el fondo rocoso. La rubia cabellera se esparcía hasta la altura de las caderas y estaba cubierta de polvo, así como de un reseco y marchito follaje. María la contempló arrobada. "Debió haber sido muy hermosa —pensó— antes de que sus mejillas se hicieran tan flácidas y hundido tanto sus ojos. ¡Ay!, qué pálidos están sus labios. ¿Será acaso la señora Nube? ¡Pero esta que está aquí no duerme! ¡Es una muerta! ¡Oh, se está terriblemente solo en este lugar!" Pero la firme muchacha se recobró al instante. Se aproximó cuanto pudo y arrodillándose e inclinándose ante ella, acercó los frescos labios al oído de la durmiente, tan pálida como un mármol. Momentos después, haciendo acopio de valor, habló con clara y resuelta voz:

¡El vapor es el humo,
El polvo, la fuente!
Mudos son los bosques,
El Hombre de fuego baila por los campos!
¡No dejes pasar más tiempo,
Eh, tú, despierta!
¡La Madre te trae a tu casa
Cruzando la Noche!

Al momento, leves susurros alcanzaron las copas de los árboles y, a lo lejos, se oyeron agudos truenos de una tormenta. Al mismo tiempo, un sonido penetrante pareció venir del otro lado de las rocas, cortando el aire como el grito rabioso de una cruel y feroz bestia. Cuando María miró hacia lo alto, la figura estaba erguida frente a ella.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¡Ay, señora Nube! —contestó la muchacha, aún de rodillas—. ¡Habéis dormido cruelmente durante muchísimo tiempo y ahora todo follaje y toda criatura están a punto de consumirse!

La mujer la miró muy sorprendida, como si se esforzara por volver de un profundo sueño.

Finalmente, con voz apenas audible, preguntó:

—¿Ya no brota agua de la fuente?

—No, señora Nube —respondió María.

—¿Y mi ave no vuela más sobre el lago?

—Duerme parada bajo el ardiente sol.

—¡Ay! —gimió la mujer—. Apenas tenemos tiempo... ¡Ven, sígueme! Pero no olvides esa vasija que está a tus pies.

María hizo lo que la mujer le indicó y en seguida ambas escalaron las rocas.

Arboledas inmensas y flores aún más hermosas brotaban de la tierra, si bien todo parecía marchito y sin perfume.

Caminaron a lo largo del canal del río, oculto hasta ese instante por los monolitos de roca. Lenta y vacilantemente, caminaron la mujer y detrás suyo la muchacha, que miraba con tristeza a su alrededor. María advirtió que, pese a todo, aún quedaba un verde brillo en el césped. Al pisar tan peculiarmente, no podía dejar de llamarle la atención el breve susurro que su vestido arrastraba sobre la marchita hierba.

—¿Llueve ya, señora Nube? —preguntó.

—Desgraciadamente no, mi niña. Primero tienes que destapar el pozo.

—¿El pozo? ¿Pues dónde está?

Acababan de dejar atrás la arboleda.

—¡Allá! —señaló la mujer, y a cientos de pasos delante de ellas María vio elevarse una inmensa construcción. Parecía un apilamiento desordenado de piedra gris. "Parece llegar hasta el cielo", pensó María, pues en el punto más alto de la construcción todo se diluía entre brumas y resplandores solares.

La eminencia de la parte frontera se elevaba en gigantescos torreones; interrumpida por altas cavidades de arcos y ventanas, no permitía sin embargo ver al interior.

Se encaminaron por espacio de varios minutos hacia el sitio hasta detenerse en la empinada margen de un río, que parecía apuntalar la construcción. Pero allí también el agua se había evaporado hasta el punto de quedar reducido a un hilillo que fluía en el centro del cauce. Una destartalada barquilla se posaba sobre la capa lodosa de la ribera.

—Cruza el río —dijo la mujer—. Sobre ti no tiene ningún poder. Pero no te olvides de sacar agua. ¡Pronto la vas a necesitar!

Cuando María, obedeciendo su orden, dejó la orilla, casi de inmediato retiró el pie debido al tremendo calor que a su planta abrasaba desde el suelo. "¡Bah, que se quemen los zapatos!", pensó mientras seguía caminando con la vasija en la mano. Pero de pronto se detuvo; una expresión del más profundo terror asomó a sus ojos: un pesado y pardo puño quebró bajo su peso, muy cerca de ella, la capa de lodo mientras sus torcidas falanges hacían por atrapar a la muchacha.

—¡Ten valor! —escuchó que le dijo la voz de la mujer, quien gritó desde la orilla, a sus espaldas.

En ese momento pegó un fuerte grito y la imagen desapareció.

—¡Cierra los ojos! —oyó de nuevo exclamar a la mujer.

Continuó entonces su paso con los ojos cerrados, pero al sentir que uno de los pies tocaba el agua, se inclinó a llenar la vasija. Luego escaló cuidadosamente, evitando cualquier tropiezo, a la otra orilla. Tan pronto como llegó al palacio penetró, latiéndole con fuerza el corazón, por uno de los portones abiertos. Ya dentro se quedó de pie, llena de admiración, ante el pórtico. Parecía ser un único e inmenso espacio. Macizas columnas de estalactitas transportaban una extraña techumbre hasta alturas insospechadas. María casi llegó a pensar que no eran sino unas grises y gigantescas telarañas colgando de todas partes, entre los capiteles, en forma de nudos y cabos. Permaneció así en el mismo sitio, como perdida. En un momento divisó la lejanía, de uno a otros extremos, pero los inmensos espacios le parecían no tener fin, no así el frontispicio, que fue por donde ella entró. Una tras otra se erguían las colinas y, pese a todo su esfuerzo, no pudo ver dónde terminaban. De pronto, su mirada quedó prendada de una enorme cavidad abierta en la tierra. ¡Sí, no lejos de ella había un pozo! Vio también la dorada llave encima del escotillón.

En tanto iba hacia él, notó que el suelo estaba cubierto con baldosas de piedra, como en la iglesia del pueblo. Avanzó entre abundantes y resecos carrizos y prados. A esas alturas, ya nada le asombraba.

Tan pronto llegó al pozo, quiso tomar la llave; de inmediato retiró la mano. La llave lucía bajo la diáfana luz de un rayo solar y tuvo entonces por cierto que brillaba de un color bermejo no por ser de oro, sino por su incandescencia. Decidida, vació el agua encima de ella, de manera que borboteó multiplicando su eco en los dilatados espacios. Luego, abrió rápidamente el pozo. Un fresco aroma se elevó al quedar abierto el escotillón y pronto la atmósfera fue saturándose con un fino y húmedo vapor que ascendía por las columnas envueltas en irisados celajes.

Pensativa, María se paseaba dando vueltas. Respiraba un aroma refrescante. Entonces, a sus pies, dio inicio un nuevo milagro. Lloviznaba, como una exhalación, una humedad ligeramente reverdecida sobre la delgada capa vegetal, haciendo que los tallos se irguieran, y la muchacha se

paseó entre una abundancia de hojas y frescos pétalos, al pie de las columnas. Todo era un azul de nomeolvides del cual surgían iridáceas de color amarillo y violeta que despedían un tierno aroma. Por las puntas de sus hojas revoloteaban libélulas de gráciles y relucientes alitas, arrebozadas encima de los cálices; el suave perfume, que no dejaba de elevarse desde el pozo, iba saturando cada vez más el aire, como ondulaciones de chispas plateadas que centelleaban bajo el sol.

María no daba fin a su encanto y admiración cuando oyó a sus espaldas un placentero suspiro, dulce y suave como el de una mujer. Y, en efecto, al dirigir su mirada hacia el pozo, pudo advertir la figura de una mujer extraordinariamente hermosa y exuberante, como si hubiese florecido sobre el verde y musgoso brocal. Apoyaba la cabeza sobre el desnudo y blanco brazo, sobre el cual el cabello se esparcía en dorados rizos; tenía la mirada perdida hacia lo alto de la cúpula, entre los remates de las columnas.

María dirigió automáticamente su mirada hacia ese mismo punto. Vio entonces que lo que había creído una enorme telaraña, no era sino el fino tejido de las generosas nubes, que cobraban cuerpo con el perfume que ascendía desde el pozo. En ese momento se desprendió sin ruido tal nubarrón del centro de la bóveda, que María vio el rostro de la hermosa mujer, junto al pozo, como a través de un velo gris. Rejuvenecida, de pronto la mujer dio unas palmadas y de inmediato la nube flotó en una abertura y se deslizó hacia afuera.

—¡Bien hecho! —exclamó la bella mujer—. ¿Y qué te parece? —le preguntó, y sus rojos labios sonrieron dejando ver la deslumbrante blancura de sus dientes. Después, a una señal, le hizo acercarse; ella se dejó caer suavemente sobre el musgo, a su lado. Al advertir el descenso de una voluta aromática, la mujer dijo:

—Ahora, palmea con tus propias manos.

Y cuando María hizo lo indicado y la nube ascendió hasta desaparecer, la mujer exclamó:

—¿Ves qué fácil resulta? ¡Pero si lo haces mejor que yo! Admirada, María observó a la hermosa mujer, desbordante de alegría.

—Pero, ¿quién sois realmente?

—¿Quién soy? ¡Ay, niña, vaya simpleza!

—¿Eh? ¡Perdonadme! ¡Pero es que sois tan hermosa y alegre!

Entonces la mujer guardó de pronto silencio.

—¡Sí! —exclamó—. Estoy ahora muy agradecida contigo. Si no me hubieras despertado, el Hombre de fuego se hubiera convertido en maestro y yo no hubiera tenido más remedio que ir de vuelta con la Madre en lo profundo de la Tierra.

Encogió un tanto los blancos hombros como si un terror interno la hubiera estremecido. Luego añadió:

—¡Y tan hermoso y floreciente que es aquí arriba!

María tuvo que contarle cómo había llegado hasta ese lugar. Plácidamente sentada sobre el musgo, la mujer la escuchaba. De vez en cuando, tomaba cualquier flor que a su vera brotaba y la prendía del cabello de la muchacha o del suyo propio. Al escuchar el relato de su difícil caminata a lo largo de la enorme avenida de sauces, la mujer suspiró y dijo:

—Esa avenida fue construida alguna vez por vosotros los humanos. ¡Pero de eso hace ya mucho tiempo! Trajes como el que tú vistes ahora no los he visto nunca antes. Tiempo atrás me visitabais más a menudo. Yo os daba semillas, simientes para nuevas plantas y cereales. Agradecidos, compartíais conmigo vuestros frutos. Así como no me olvidasteis, yo tampoco me olvidé de vosotros y así vuestros campos no carecieron nunca de lluvia. Pero desde hace mucho me sois extraños, ya nadie me visita. Desde entonces, por el calor y el hastío, me he quedado dormida, con lo cual el traicionero Hombre de fuego pudo hacer suya la victoria.

Entre tanto, María se había tumbado sobre el musgo. Cerró los ojos. En torno suyo caía un tenue rocío y la voz de la hermosa mujer resonaba en sus oídos con un timbre dulce y familiar.

—Sólo una vez —continuó la mujer—, pero de eso hace también mucho tiempo, vino una muchacha de aspecto muy semejante al tuyo. A decir verdad, vestía muy parecido a ti. Le obsequié miel silvestre, y ése fue el último regalo que un humano recibió de mí.

—¡Mirad! —dijo María—. ¡Qué coincidencia! ¡Aquella muchacha tiene que haber sido la antepasada de mi amado y el elixir que hoy me ha fortificado tanto era seguramente vuestra miel silvestre!

La mujer pensó sin duda en la joven amiga de antaño al preguntar:

—¿Aún tiene esos hermosos rizos color castaño sobre la frente?

—¿Quién, señora Nube?

—¡Pues la antepasada, como tú la llamas!

—¡Oh, no, señora Nube! —replicó María, sintiéndose en ese momento apenas perceptiblemente superior a su poderosa amiga—. Ella se convirtió en una anciana.

—¿Anciana? —preguntó la hermosa mujer. No entendía tal cosa, pues la edad le resultaba un concepto desconocido.

María tuvo gran dificultad para explicárselo.

—¡Fijaos bien! —le dijo finalmente—: ¡Cabello gris y ojos enrojecidos en un ser malhumorado! ¡A eso le llamamos anciano nosotros los humanos, señora Nube!

—¡Claro! —replicó la mujer—. Ahora recuerdo, había una de ellas entre las mujeres... Pues entonces dile que vuelva conmigo, la convertiré de nuevo en un ser alegre y hermoso.

María movió la cabeza.

—Eso ya no es posible, señora Nube —le dijo—, hace ya mucho que la antepasada descansa bajo tierra.

La mujer gimió:

—¡Pobrecilla!

Entonces ambas guardaron silencio sobre el suave musgo, donde permanecían placenteramente tendidas.

—¡Pero, niña! —exclamó de pronto la mujer—. ¡De tanto charlar nos hemos olvidado por completo de la lluvia!

—¡Caramba, aquí uno se empapa como un gato! —exclamó María, abriendo los ojos con asombro.

La mujer se rió.

—¡Tan sólo palmea un poco más! ¡Pero ten cuidado, no vayas a disolver las nubes!

De esta manera empezaron a palmear; pronto las nubes se hicieron más densas, la neblina se apretujaba junto a las escotillas y se dispersaba en el aire. Poco después, María vio una vez más el pozo y el verde prado. ahora cubierto de incontables iridáceas amarillas y violetas. Asimismo, se despejaron en seguida los huecos de las escotillas. A lo lejos, por encima de los árboles del jardín, vio cubrirse el cielo por completo. El sol iba desapareciendo lentamente. No pasó mucho tiempo cuando escuchó el chubasco como agua corriendo sobre ramas y matorrales, susurrando sin cesar con poderoso ímpetu.

María estaba sentada, muy erguida, con las manos entrelazadas.

—Señora Nube —dijo en voz baja—, está lloviendo. La mujer asintió en silencio, a sus espaldas, inclinando su hermosa y rubia cabellera. Estaba también sentada, como sumida en ensueños.

De pronto, estalló una fuerte y aguda crepitación. Cuando María, temerosa, miró hacia afuera, vio elevarse al cielo, desde el cauce del anchuroso río que había cruzado hacía poco, inmensas y vaporosas nubes blancas. En ese momento se sintió abrazada por la hermosa Mujer de la lluvia, quien se oprimía temblando contra la jovencita, que permaneció junto a ella.

—Ahora las nubes están derramando agua sobre el Hombre de fuego —susurró la mujer—. ¡Escucha cómo se defiende! Pero su lucha será inútil.

Así se mantuvieron abrazadas durante algún rato. De pronto, todo estaba en calma; afuera no se escuchaba más que el suave murmullo del bosque bajo la lluvia. Se levantaron en ese momento y la mujer bajó la puerta corrediza del pozo y la cerró.

María besó su blanca mano y le dijo:

—¡Os doy las gracias, querida señora Nube, por mí y por toda la gente de nuestro pueblo!

Luego añadió, un tanto vacilante:

—¡Y ahora quisiera regresar a casa!

—¿Quieres irte ya tan pronto? —preguntó la mujer.

—Sabéis que mi tesoro me está esperando, seguramente ha de estar empapado.

La mujer elevó el índice y le dijo:

—¿En adelante no lo dejarás esperar nunca más?

—¡Seguro que no, señora!

—Entonces ve, hija. Y cuando vuelvas a casa cuéntales de mí a los demás para que no me olviden. ¡Y ahora, ven! Te voy a acompañar.

Afuera, en el fresco rocío, habían brotado por todos lados, entre árboles y matorrales, prados verdes y follaje. Cuando llegaron al río, el agua había llenado de nuevo todo su cauce y, como si las esperara, la barquilla, al parecer restaurada por una mano invisible, flotaba mecida por las aguas, muy cercana a la hierba de la orilla. Embarcaron cada una en silencio y el bote se deslizó hacia la margen opuesta mientras el lento oleaje se deshacía entre arabescos y rumores sobre la corriente de las aguas. De pronto, al pisar la otra orilla, cantaron los ruiseñores, muy cerca de

ellas, bajo el fresco cobijo de los matorrales.

—¡Oh! —dijo la mujer, suspirando profundamente desde lo más hondo de su corazón—. Es todavía temporada de ruiseñores. ¡Hemos actuado muy a tiempo!

Caminaron a lo largo de un hilo de agua que conducía a la cascada. Ésta caía con inusitada fuerza, rebotando en las rocas, corriendo después por el ancho canal, bajo la amplia sombra de unos tilos. Al descender, tuvieron que continuar su camino por la orilla, junto a los árboles. Al salir de nuevo al aire libre, María observó el extraño pájaro volando en amplios círculos por encima del lago, cuyos meandros se extendían hasta donde las dos caminaban. Luego siguieron por la parte baja, a lo largo del borde, mientras escuchaban el susurro del agua, que corría sobre la lustrosa y densa arena de la playa. Miles de pétalos se abrían por todas partes. María vio también violetas y lirios de mayo y otras flores que reconoció, y cuya temporada de hecho había pasado hacía mucho tiempo pero que, a causa de la malsana canícula, no habían podido desarrollarse a tiempo.

—Ellas tampoco quieren quedarse atrás —dijo la mujer—. Ahora todo florece al mismo tiempo.

Solía sacudir su rubia cabellera de manera que las gotas de agua refulgían en torno suyo como chispas; o unir las manos, con lo que el agua corría entre los blancos brazos como en el interior de una concha. Asimismo, separaba las manos y allí donde las chispeantes gotas tocaban el suelo, se elevaban nuevos aromas; un colorido juego de copiosas y relucientes flores nunca vistas se esparcía en todo el prado.

Pronto llegarían al lugar donde se había quedado Andrés. ¡Y así era! Apoyado en uno de los brazos, estaba tendido bajo los árboles; parecía dormir. Pero cuando María vio a la hermosa mujer caminar tan orgullosamente al lado suyo con sus encendidos y sonrientes labios, se sintió de pronto tan torpe y fea que pensó: "¡Ay, no! ¡Esto no está nada bien! ¡Andrés no puede verla!", y le dijo en voz alta:

—¡Os doy las gracias por vuestra compañía, señora Nube —replicó María—, él es un muchacho como los demás, y justo lo bastante bueno para una muchacha de pueblo!

La Mujer de la lluvia la miró escrutadoramente.

—¡Tontuela, eres muy hermosa! —le dijo, y elevó amenazadoramente el índice—. ¿Y eres también la más guapa del pueblo?

Entonces la hermosa muchacha se sonrojó visiblemente y sus ojos se inflamaron al levantar los párpados. No obstante, la mujer volvió a sonreír.

—¡Pues entonces escucha, María! —le dijo—. En vista de que ya han brotado de nuevo todas las fuentes y ríos, puedes seguir un camino más corto. Primero toma a la izquierda. Luego de la hilera de sauces hallarás una barca. ¡Sube a ella tranquilamente! ¡Te llevará segura y rápidamente a tu casa! ¡Y ahora, adiós! —exclamó, poniendo el brazo alrededor del cuello de la muchacha, besándola—. ¡Oh, qué dulces y frescos se sienten estos labios humanos!

Luego se dio vuelta y caminó bajo la lluvia cruzando un prado. Comenzó a cantar; su canto era dulce y monótono, y cuando la bella silueta desapareció entre la arboleda, María no supo si aún escuchaba su canto lejano o tan sólo el susurro de la lluvia.

La muchacha se quedó parada un momento más; luego, como sumida en una súbita añoranza,

se ciñó con sus propios brazos.

—¡Adiós, querida y hermosa Nube, adiós! —gritó. Pero ya no hubo respuesta. Al momento, se dio cuenta con claridad de que era la lluvia lo que había escuchado.

Al encaminarse hacia la entrada de un jardincillo, vio al joven de pie, muy erguido, bajo los árboles.

—¿Qué miras tanto? —le preguntó, estando cerca de él.

—¡Caramba, María! —exclamó Andrés—. ¿Quién era esa mujerona tan hermosa?

La muchacha tomó del brazo al joven y con un brusco jalón lo hizo volverse.

—¡No se te vayan a salir los ojos! —le dijo—. Esa mujer no es para ti. ¡Es la señora Nube!

Andrés se rió.

—¡Pues qué bien la has despertado, María! —replicó él, sin atender a su celoso reclamo—. ¡Ya lo he notado desde aquí! ¡Nunca antes ha sido tan torrencial la lluvia ni en mi vida he visto todo tan reverdecido! ¡Pero ven! Vamos a casa. Tu padre ha de cumplir su palabra.

Más tarde, en las cercanías de los sauces encontraron la barca y subieron a ella. La tierra baja estaba completamente inundada; el aire y el agua rebosaban de toda clase de aves; las esbeltas golondrinas se precipitaron lanzando garlados por encima de sus cabezas, sumergiendo las puntas de sus alas en la corriente, en tanto que una gaviota nadaba, majestuosa, al lado de la rauda embarcación. En las verdes isletas que iban dejando atrás en su camino, llegaron a ver gallos de dorada cresta que peleaban entre sí.

De esa manera se deslizaron velozmente. Aún caía un poco de lluvia, tenue pero incesante. Después, el curso del agua se angostó y pronto ésta se convirtió en un río de medianas dimensiones.

Andrés miraba desde hacía rato a lo lejos, con la mano puesta encima de los ojos a manera de una visera.

—Observa, María —exclamó—. ¿No es ése mi campo de centeno?

—¡Claro, Andrés! ¡Y qué bellamente ha reverdecido! ¿Pero es que ya te has dado cuenta de que hemos venido en el curso de nuestro riachuelo?

—Cierto, María. Pero, dime, ¿qué es lo que hay más allá? ¡Todo está inundado!

—¡Ay, santo Dios! —exclamó María—. ¡Ésos son los pastizales de mi padre! Mira, todo el heno está flotando.

Andrés oprimió con la suya la mano de la muchacha.

—¡No te preocupes, María! —le dijo el muchacho—. Pienso que el precio no ha sido muy alto, y mis campos tan mayores frutos darán.

La barca se detuvo poco antes de llegar junto al enorme tilo del pueblo. Treparon por la orilla y de inmediato caminaron tomados de la mano calle abajo. Entonces, desde todos lados fueron saludados efusivamente, ¡pues de seguro la madre Stine había hablado bastante durante su ausencia!

—¡Llueve! —gritaban los niños al correr por las calles, empapándose bajo el agua.

—¡Llueve! —dijo el primo Schulze, mirando placenteramente desde la ventana cuando, al

Librodot

pasar ellos, los sacudió con un fuerte saludo de manos.

—¡Sí, si, llueve! —dijo el padre de María, que con su pipa en la boca estaba en ese momento en la entrada de su casona.

—Y tú, María, ¡bien que me has mentido! ¡Pero entren los dos! Andrés, como dijo el primo Schulze, ha sido siempre un buen muchacho; su cosecha, igualmente, será buena este año, y si en los próximos tres hay otra vez lluvia, no está nada mal que ricos y pobres se acerquen. ¡Vayan con madre Stine para que arreglemos el asunto!

Varias semanas habían transcurrido desde entonces. La lluvia había dejado de caer desde hacía algún tiempo y las últimas pesadas carretas entraban y salían de los graneros, adornadas con coronas de flores y cintas ondulantes.

Bajo el resplandor del sol, una procesión nupcial se dirigía a la parroquia. María y Andrés eran los novios; detrás de ellos, tomados de la mano en el cortejo, seguían los padres de ambos.

Muy cerca del atrio, al apenas comenzar a escucharse los sonidos que un anciano del pueblo arrancaba al órgano para darles el recibimiento, de pronto una nubecita blanca se acercó y ligeras gotas cayeron sobre el tocado de la novia.

—¡Eso es de buena suerte! —gritaron algunos de los congregados en el atrio.

—¡Fue la señora Nube! —susurraron entre sí los novios, estrechándose las manos.

Poco después, la procesión entró en el templo. Brilló de nuevo el sol, la música del órgano dejó de escucharse y el párroco dio inicio a su tarea.